

recibió la anterior protesta el día veintitrés de Marzo, que fué precisamente el que eligió para entrar en la capital: el pueblo dispensó á las tropas imperiales cortés y afectuosa acogida, y el gobierno hizo circular una proclama denunciando á la indignación pública á los que intentasen despertar *injustas y ridiculas* sospechas contra el ejército aliado.

Napoleón tuvo conocimiento del motín de Aranjuez y sus consecuencias el día veintisiete, y en el acto escribió á Murat ordenándole que impidiera se causase ningún daño al Rey ni al príncipe de la Paz. «Mientras el nuevo Rey no sea reconocido por mí le agregaba, debéis obrar como si su antecesor ocupase aún el trono.» Aunque de este modo fingía colocarse en actitud de aparente neutralidad entre los dos reyes, con aquella misma fecha se dirigía á su hermano Luis ofreciéndole la corona de España. El día treinta se enteró del acto realizado por Carlos IV retractándose de su abdicación, y al contestar á su lugarteniente en España, aprobó en los términos más expresivos su conducta y le comunicó sus instrucciones, y en seguida envió á Madrid á su persona de confianza, Savary, saliendo él en dirección á Burdeos, con ánimo de trasladarse luego á Bayona.

Desde este momento, los sucesos se precipitan. De acuerdo con Beauharnais, expone Murat siguiendo indicaciones de París, la conveniencia de que el infante don Carlos vaya á esperar á Napoleón, á quien se suponía camino de España; la corte condesciende sin dificultad, y el cinco de Abril marcha don Carlos, creyendo que su viaje terminaría en Burgos. A poco, expresan embajador y general su opinión de que el Rey debe imitar á su hermano; Fernando VII vacila, sus consejeros más prespicaces se oponen á la idea, pero Escoiquiz sostiene con empeño el parecer contrario. Llega en esto Savary y, presentándose á Fernando, le dice que viene á cumplimentarle de parte del Emperador, y á saber si sus sentimientos con respecto á Francia son conformes á los del Rey su padre; pues en tal caso, el Emperador, olvidando lo ocurrido, no se mezclará en los asuntos interiores del país y le reconocerá como Rey de España: el falaz mensajero recomienda también que el Rey salga al encuentro de Napoleón. Con las halagüeñas frases de Savary, cobran bríos los partidarios del viaje y éste queda acordado, no obstante manifestarse en contra el instinto popular y advertir discretamente don José Martínez de Hervás, que acompañaba al emisario del Emperador como intérprete y cuñado del mariscal Duroc, la celada que se preparaba. El diez de Abril, poníase en marcha Fernando VII, dejando nombrada para mientras durase su corta ausencia, que de tal se calificaba, una junta suprema, con misión de despachar los asuntos urgentes. Llegó á Burgos sin tener noticia de Napoleón, y dudó si seguir adelante; pero las promesas de Savary le obligaron á continuar hasta Vitoria; informándose aquí de que el Emperador había partido de Burdeos para Bayona á donde fué el infante don Carlos desde Tolosa. En el trayecto de Madrid á Burgos, todo había sido vítores, aclamaciones y entusiasmo en los pueblos, regocijados con las mudanzas ocurridas, aunque el viaje no agradara, por regla general; pero á medida que el mo-

narca se aproximaba á la frontera, trocábase la alegría en temor y las expansiones del afecto en señales de inquietud y alarma. El Rey parecía ir prisionero, tan numerosas eran las fuerzas extranjeras incorporadas á la comitiva, so pretexto de aumentar la escolta: al atravesar las poblaciones, ya desde Burgos las gentes se apiñaban en torno de los coches suplicando á Fernando que no se alejara más, y en Vitoria, la actitud del vecindario fué de franca hostilidad y decidida amenaza. También el Rey empezaba á sentir recelos y desconfianza, y en esta situación, Savary pasó á Bayona, llevando una carta de Fernando para Napoleón: el mismo general trajo la respuesta, que era bastante por sí sola para desengañar á los alucinados. En ella, en efecto, lo dejaba todo Napoleón en tela de juicio, y deslizaba el injurioso aserto de que «Fernando no tenía otros derechos al trono que los que le había transmitido su madre:» frase altamente afrentosa y no menos ofensiva, dice Toreno, al que la escribía que aquel á quien iba dirigida. Más tan ciegos estaban los consejeros del Rey, que ni la carta del Emperador les hizo abrir los ojos. Inútilmente se esforzó el antiguo ministro don Mariano Luis Urquijo en llevar á los ánimos el convencimiento de la perfidia escondida en el extraño proceder de Napoleón, ni se prestó oídos á las cuerdas observaciones de Hervás y del duque de Mahón, igualmente opuestos al viaje: Savary, con sus promesas, y Escoiquiz, el duque del Infantado y el de San Carlos, con su optimismo, fijaron la fluctuante voluntad del Rey, que determinó continuar la marcha. El día diez y nueve salió de Vitoria, y el veinte, á las diez de la mañana, entraba en Bayona. Cuando anunciaron al Emperador la llegada de Fernando, se negaba á dar asenso á la noticia. «¡Cómol... viene?... No, no es posible». Era más que posible; era cierto.

Deseoso Napoleón de no perder tiempo, hizo saber á su huésped, antes de haber transcurrido veinticuatro horas, su resolución de derribarle del trono, exigiéndole que renunciara en su nombre y el de su familia la corona de España á favor de la dinastía de Bonaparte; en recompensa de este sacrificio, prometía cederle el trono de Etruria. No accedió Fernando, y su resistencia exasperó á Napoleón. Corrieron algunos días en tratos y conferencias sin llegar á ningún acuerdo, hasta que el Emperador, cada vez más irritado, declaró el veintinueve quedar rotas las negociaciones y que en lo sucesivo se entendería únicamente con Carlos IV, que llegó á Bayona el treinta: Godoy, puesto en libertad por imposición de Murat, se hallaba allí desde el veintiséis.

Mientras en la ciudad fronteriza se desarrollaban tales escenas, en Madrid la arrogancia y provocaciones de los franceses y la osadía de su general habían herido la dignidad del pueblo y provocado su justo enojo, que se manifestó en motines y asonadas. El primero de Mayo, al regresar el gran duque de Berg de su acostumbrada revista, fué escarnecido y silbado estrepitosamente á su paso por la Puerta del Sol. Todo anunciaba estar próxima á estallar la indignación de los Madrileños. Amaneció el día dos, día de gloria, pero también de luto y desconsuelo. Se había dispuesto que en él partiesen á Francia la reina

de Etruria, con sus hijos y el infante don Francisco, llamados por Carlos IV. Desde muy de mañana, grupos numerosos de hombres y mujeres se habían estacionado en la plazuela del palacio real. La marcha de la reina de Etruria y de sus hijos se presenció con indiferencia; mas al cundir la voz de que el niño don Francisco lloraba y no quería partir, cuando se vió pasar á un ayudante de Murat que, se dijo, iba á dar prisa, al oír gritar á una anciana: «¡Valgame Dios, que se llevan todas las personas reales!», se desató la ira de la muchedumbre, que atropelló al ayudante y arrolló una patrulla que en aquellos momentos apareció en la plaza, no dispersándose sino ante las repetidas descargas de un batallón enviado por el generalísimo: en el lugar del tumulto quedaron tendidos algunos cadáveres de gente indefensa. Instantáneamente se levantó la población en masa, y selló con su sangre generosa su ardiente patriotismo. Las tropas españolas, encerradas en sus cuarteles por orden de la Junta y del capitán general, no toman parte en la lucha; sólo los artilleros del parque, acaudillados por Daoiz y Velarde, sostenidos por los paisanos y un piquete de infantería al mando del oficial Ruiz, mantuvieron en aquel memorable día el honor del ejército español. Los madrileños no disponen sino de escopetas, sables, chuzos, cuchillos; Murat los ametralla con sus cañones y lanza contra ellos su caballería. En el parque se cuenta con algunos más elementos y se obtienen ventajas sobre los franceses; pero acuden grandes refuerzos de éstos, y el número de enemigos abruma, aunque no acobarda, á los españoles, que se baten con extraordinario arrojo. Ruiz cae, gravemente herido; Velarde muere atravesado da un balazo; Daoiz, herido en un muslo, sigue batiéndose hasta que sucumbe á la punta de las bayonetas. Vencida la heroica resistencia de los defensores del parque, el desigual combate no tiene trazas de concluir sino con el exterminio de los valientes paisanos; pero O'Farril y Azanza, miembros de la Junta, después de alcanzar de Murat que mande suspender el fuego, recorren calles y plazas, asistidos de otros individuos de los Consejos, y logran, al fin, que el irritado pueblo se aplaque con oferta de olvido de lo pasado y de reconciliación general. Estas promesas no se cumplieron. Murat publicó un bando terrible contra los que llevasen armas; se calificaron de tales hasta los cortaplumas y tijeras; se prendió á gran número de ciudadanos que habían vuelto tranquilamente á sus ocupaciones, ó nunca las abandonaran, y se les fusiló sin misericordia. Con estos actos de inútil crueldad coronó su vergonzosa victoria el gran duque de Berg.

El cinco de Mayo se supo en Bayona lo acaecido en Madrid el día dos, y Fernando fué llamado á comparecer como un reo ante sus padres y Napoleón. Carlos y María Luisa acusaron á su hijo de ser la causa del levantamiento de la capital y el responsable de la sangre vertida; tacháronle de pérfido y traidor, y le intimaron por segunda vez (la primera lo habían hecho el día primero), que si no renunciaba á la corona se le declararía en el acto usurpador, y á él y á toda su casa conspiradores contra la vida de sus soberanos.

Cedió Fernando é hizo la renuncia que se le pedía en favor de su padre, el cual, cumpliendo compromisos contraídos anteriormente con el Emperador, transmitió á éste todos sus derechos. Formalizadas las dos renunciaciones, faltaba la de Fernando como príncipe de Asturias, que al fin se obtuvo, no sin resistencia por parte del interesado, á quien algunos pretenden que Napoleón llegó á decir: «Príncipe, no hay otro medio: la renuncia ó la muerte.»

El Emperador quiso revestir con las apariencias de la legalidad el acto de proveer el trono español en uno de sus hermanos, y consiguió, valiéndose de su lugarteniente, que no hubo de desempeñar de muy buen grado la comisión, que el Consejo de Castilla, la Junta suprema y el Ayuntamiento de Madrid le pidiesen diera la corona vacante á José, rey de Nápoles. Hizolo así, y se figuró haber triunfado; mas entonces, desaparecida la corte, que con sus miserias pesaba como losa de plomo sobre la conciencia del país, se irguió vigorosa y pujante la nación. Ahogada la voz de los pigmeos, resonaba con fragoroso estrépito la del gigante.

No hay ejemplo en la historia de un espectáculo tan grandioso como el que ofreció nuestra patria al levantarse como un solo hombre contra el opresor de los pueblos. Las provincias, las ciudades, las aldeas, los mismos particulares, sin ponerse de acuerdo, sin recibir ajeno impulso, se alzan á una, deseando vengar los sangrientos ultrajes recibidos. Por primera vez va á encontrarse Napoleón en presencia no de un monarca, ó de un gobierno, ó de un Estado, sino de un pueblo. Únicamente en Prusia había estado á punto de suceder algo parecido; pero sin los caracteres de absoluta espontaneidad y completa unanimidad que en España. Asturias mira frente á frente al coloso y le declara la guerra. La Gran Bretaña, á quien comunica su acuerdo, en vez de estimarlo como vano alarde ó ridícula jactancia, comprende las vastas proporciones que debe alcanzar el incendio y promete su concurso. Pitt había predicho, después del desastre de Ulma, que el solo medio de atajar los pasos del conquistador en Europa era una guerra nacional, la cual comenzaría luego que se atreviese contra España. Esta profecía iba á tener plena confirmación: León imita el ejemplo de Asturias, síguete Galicia, y al mismo tiempo, Castilla, Aragón, las provincias levantinas, las meridionales, todo el país en suma. Se organizan partidas, se forman en todas partes juntas de defensa. La de Sevilla deseosa sin duda de constituir un centro de dirección para la guerra é ignorante de lo acontecido en otras provincias, se titula Suprema de España é Indias. El grito de independencia, salvando el Mediterráneo, encuentra eco en las Baleares, y las ondas del Atlántico le llevan á las Canarias, donde es repetido. De España, se transmite el sacudimiento á Portugal, y la Península entera y sus islas adyacentes se aperciben á la lucha.

En tanto, la Junta Suprema de Madrid se obstinaba en considerar la insurrección de las provincias como empresa descabellada que había de acarrear la ruina de la patria, y